

HACIA UNA ECONOMÍA DIFERENTE

**Jornadas “Otra economía está en marcha” 2020
UNED Tudela**

Manuel Barrieras Carceller

En estos tiempos en los que sufrimos una **crisis sistémica** -económica, ecológica, política, cultural, social,...-, deberíamos plantearnos si todo debe continuar así hacia un colapso civilizatorio total, o bien proponer y poner en práctica soluciones en los diferentes ámbitos en los que nuestra sociedad está fallando de alguna manera. Parece haber asumido la globalización neoliberal, desde los años ochenta del siglo pasado, con unos efectos físicos y sociales brutales.

Necesitamos nuevos modelos hacia donde encaminar nuestros imaginarios, un giro total del “**sentido común**”, una apuesta democrática e igualitaria para salir de la actual crisis. Los estados, pese a no ser los únicos responsables de la situación, deben jugar un papel importante como tutores de los cambios, basándose en su legitimidad representativa del conjunto de la ciudadanía, así como en su autoridad para poder ejecutar medidas drásticas, las cuales puedan sacarnos de este atolladero global y arreglar el tinglado donde nos ha sumido la libertad total de mercados y mercancías, la extracción de recursos abusiva y el incremento de los sumideros de residuos. El planeta ha llegado a unos límites por encima de los cuales los daños pueden volverse irreversibles, haciéndose posible y necesario ese cambio de conciencias hacia lo éticamente lógico.

El **diagnóstico social**, nos muestra una sociedad poco politizada y todavía menos organizada, como dormida en los laureles de la nube virtual, desaconsejando que unos cambios puedan venir sólo desde abajo. Sí, tenemos el derecho a voto, pero muchas veces los poderes representativos, si no tienen un fuerte apoyo social detrás, se ven abocados a tomar decisiones presionados por los otros poderes, no elegidos por los ciudadanos. De ahí que sea preciso repolitizar a la ciudadanía. ¿Cómo hacerlo? Si vamos a dar a la gente una renta básica por su derecho a la “subsistencia”, tal vez esas personas deberíamos tener la obligación de participar en la comunidad política, aunque sólo fuese votando cotidianamente decisiones de los representantes, proponiendo ideas o proyectando iniciativas locales de desarrollo,... Todos tendríamos derecho a ese ingreso mínimo vital, si bien su implantación progresiva debe ayudar primero a quienes más lo necesitan. La medida económica podría acompañarse de lugares donde poder ejercitar ese derecho de supervivencia: comedores sociales, incentivos en bares y restaurantes, promoción de la salud y el deporte,... Y también debería incorporar otras obligaciones como ayudar a cuidar lo público, cuidar el medio ambiente, cuidar a otras personas,... Una renta básica sencilla y mal planteada, además de no contar con aprobación de la mayoría social, nos llevaría a tapar un problema de sobreacumulación por parte de las élites, de ahí que haya de acompañarse de otras medidas más ambiciosas y de deberes u obligaciones, tendentes a la construcción de esos otros mundos que imaginamos y hacia donde debemos conducirnos.

En esta era del “capitaloceno”, como algunos autores la han bautizado, se están sobrepasando ya unos **límites** físicos que hacen pensar en el fin del capitalismo, como modelo ya caduco que no ha hecho sino degradar nuestros ecosistemas ecológicos y sociales. Si bien, para abastecer a la población mundial, al menos de lo básico para subsistir, es necesario un sistema o sistemas económico/s diferente/s y unos indicadores que midan la felicidad real de las personas, así como una visión también distinta en la manera de enfocar el estudio de la economía.

Una nueva era post-capitalista está por desarrollarse. Ésta podría partir de un **nuevo pacto ecosocial** (new green deal o similar) que llevase a cada ser humano a un compromiso con los demás y con el planeta, acompañado todo ello de medidas contundentes como la reducción radical del consumo de energías fósiles, el cambio a renovables y la transición a la agricultura regenerativa. Igualmente deben reducirse los niveles de producción y consumo generales, para un **decrecimiento** de la huella e impacto sobre el medio ambiente, el cual devuelva a la economía un equilibrio, de manera segura y equitativa. Así, el decrecimiento de la economía se traduce en un crecimiento humano y en una descolonización del sur global. No se trata sólo de cambios individuales sino de la creación de un nuevo sistema económico basado también en medidas sociales como la reducción de la semana laboral y **redistribución del trabajo**, salarios más equitativos, aumento de los bienes públicos universales, cancelación de las deudas,... Y sobre todo, dejar la lógica de acumulación y crecimiento material para centrarnos en el **desarrollo humano**.

Las soluciones, planteadas a escala global, se deberían poner en práctica a un nivel comunitario local, que permita un diagnóstico, análisis y afrontamiento de los problemas, mediante mecanismos de **transición justa**: amplio abanico de trabajo sostenible (eliminando algunas industrias, conservando otras y creando nuevas), formación de personas incrementando su nivel de capacitación, garantía de empleo, reivindicación de medidas públicas universales (vivienda, abrigo, alimento,...). Reorganizar la economía creando un espacio propicio para ella (en la educación y en la sociedad): cuestionando los posicionamientos neoclásicos, introduciendo elementos críticos, articulando desde lo político. El resultado será una economía entendida como intercambio de valor para beneficio de la comunidad, tras un debate sobre lo que de verdad es necesario.

Esta transición hacia una nueva economía ha de ser también solidaria: debemos acoger a las personas migrantes, mediante un enfoque sistémico integral y humano, que produzca equilibrio y **solidaridad** entre las personas. Una perspectiva que incorpore la **ecología**, la **igualdad-libertad de género** y la **no violencia** como ejes transversales de actuación, caminando hacia horizontes de justicia social, ensanchamiento democrático y calidad de vida. Objetivos que permitan no sólo resistir y sobrevivir, sino también imaginar, crear y “empeñarnos en vivir vidas que merezcan la alegría de ser vividas”.

En todo este proceso, se hace necesario repensar el papel de **lo público y el estado**, como medio de impulso de esos cambios hacia un horizonte cercano (por ejemplo, los Objetivos de Desarrollo Sostenible, ODS 2030, o unos Objetivos del Buen Vivir), ya que es desde los entes públicos donde se decide el rumbo de los fondos para innovación e investigación, donde se empuja a unos sectores de mercado que interesa que crezcan y desde donde se generan coaliciones de trabajo con una **visión común**. Para hacer vinculantes unos objetivos globales, deben generarse consensos, a partir de comportamientos aceptables, creando **mecanismos a nivel local** en función de cada contexto. Este pensamiento-actuación global-local se evaluaría mediante indicadores distintos, que midan desde una perspectiva ética más que económica y desde donde se permita decidir qué áreas trabajar más a fondo. Las **políticas fiscales** deben incentivar nuevas maneras de hacer empresas conforme a los ODS's, buscando prioridades de objetivos en el sistema impositivo, incrementando la tasa de usos clásicos nocivos y promocionando sectores sanos y de futuro.

Como posibles **obstáculos** en ese camino de cambio, debemos hacer decrecer las desigualdades sociales (las cuales resultan tan degradantes para quien las disfruta como para quien las padece). Para ello se debería evitar confundir el igualitarismo con la igualdad de oportunidades, pues ésta segunda tiene más que ver con la limitación de las barreras de entrada en una élite social, que con plantearse socavar los privilegios de ésta última, por lo que se convierte en una forma de justificar esos privilegios adquiridos por méritos de inteligencia o moral, siendo incompatible con una verdadera democracia. Esta **meritocracia** surgió a la par temporal del neoliberalismo (años ochenta) y tiene un correlato con el incremento de la desigualdad, dejando la primera de ser un

sistema de selección social para actuar como sistema de legitimación de los privilegios que crea la mercantilización. El ideólogo político Hayet la identifica con mecanismos competitivos, no para ser más eficaces sino para garantizar la subordinación.

Por el contrario, la **igualdad** requiere un espacio normativo denso que incorpore a la arquitectura política una concepción de las reglas sociales necesarias para llevar una vida buena siendo incompatible con los espacios competitivos. Sí es consecuencia de un sistema de derechos y de obligaciones compartidas, amenazados por la desigualdad campante. La igualdad se traduciría en “dar a cada cual lo que necesita y tomar de cada uno según sus capacidades” (como sistema de derechos y obligaciones). La igualdad así entendida es una forma de vida, un resultado y no un punto de partida, una contribución al bien general en cierta medida, una manera de entender la naturaleza humana y social en la que decidimos que ciertas posiciones (esclavismo, pobreza o riqueza extrema) son incompatibles, por exceso o por defecto, con la vida buena compartida. Es establecer umbrales mínimos para la vida digna, mediante sistemas de obligaciones y no sólo por derechos individuales.

Afrontar la crisis ecosocial de una manera democrática implica recuperar los viejos proyectos igualitaristas, vinculados a **horizontes de vida buena**, austera y compartida. Entender que lo importante es disponer de lo “suficiente”. Hoy, ante una quiebra de las promesas meritocráticas donde, por ejemplo, no basta tener una carrera universitaria para obtener un trabajo decente, donde las desigualdades no sólo aumentan la conflictividad política, social y laboral sino que corrompen invisiblemente, deterioran la cohesión social (haciendo sociedades más frágiles y más individualistas) y polarizan la política... Hoy, cuando las relaciones de **confianza** se rompen, con deterioro de la educación, la sanidad, las empresas,... desciende el compromiso y es hora de retornar a **ambientes laborales** menos competitivos y más igualitaristas. Es hora de poner en marcha a largo plazo ciertos trabajos (sostenibles, de cuidados) y distintos modelos y procesos de valor social.

El capitalismo tal como lo conocemos ha terminado, al encontrarse con sus límites materiales y ser incompatible con la vida humana. Son precisas ya **alternativas económicas y sociales** a este sistema, que ofrezcan felicidad y vida con menos necesidades superfluas; un proyecto entre iguales donde se reparta lo que haya, donde se planifiquen y se racionen los recursos; unos trabajos necesarios para la vida y ciertas tareas como “obligatorias de compartir”. Una construcción social tanto desde abajo a arriba como de arriba a abajo, hacia una economía diferente a la que se ha institucionalizado con las sociedades de mercado capitalistas.

Los seres humanos tenemos un reto: **ponernos de acuerdo** para salvar nuestro ecosistema global y construir unas sociedades del buen vivir. Por encima de las ideologías que defienden la libertad individual o la igualdad social, es el momento de afrontar la crisis sistémica, agarrar el timón, llegar a consensos y aplicar soluciones válidas en todos los niveles, territoriales y sectoriales, con flexibilidad y evaluación, a pequeña y gran escala, que permitan corregir errores y encaminarnos hacia nuevos horizontes diferentes al actual.

Otros modelos de economía están en marcha, pero debemos empatizar y empujar un poco entre todos para que continúen, progresen adecuadamente y sigan incorporando los criterios éticos necesarios que nos lleven a un mundo más habitable y mejor.